

MUERTAS DE CIUDAD JUÁREZ, CHIHUAHUA

Mario ZUMAYA*

Quisiera comenzar mi lectura con algunas citas:

De 1994 a 2000 hubo 591 homicidios dolosos en Ciudad Juárez; 259 lo fueron de mujeres lo que representa un 43.8% contra el 10% de lo que ocurre a nivel nacional. Eso sí es inquietante —concluye el criminólogo Rafael Ruiz Harrell—.

Es patente, ante todo, la existencia de un centenar de homicidios seriales contra mujeres en Ciudad Juárez. Los elementos de juicio disponibles arrojan un desafío para las autoridades federales del país: los homicidios en serie contra mujeres se producen en orgías sexuales sacrificiales, misóginas y de fraternidad por parte de uno o más equipos de operadores o asesinos protegidos por funcionarios de diversas corporaciones policiacas. Cuentan con la complicidad y patrocinio de personajes prominentes —que poseen

* Médico psiquiatra, directivo de Alternativas Pacíficas A.C.

grandes fortunas legales o ilegales, producto del narcotráfico y el contrabando—, cuyo alcance ocupa la frontera norte e incluso el centro del país. De allí proviene la tenaz impunidad de estos crímenes de género, racistas y clasistas (Sergio González Rodríguez).

Y al certificarse lo vulnerable del Poder Judicial, la noticia se divulga pródigamente: el delito es una acción tarifada, y el dinero y la red de intereses absuelven por anticipado (Carlos Monsivaís).

Una aclaración: soy médico psiquiatra y psicoterapeuta y eso significa ser un clínico: alguien que se dedica a la atención de las víctimas del sufrimiento humano. En el caso de los crímenes de Ciudad Juárez no me puedo dedicar a la atención de las víctimas concretas por que están muertas. Tampoco a los causantes directos, porque aparentemente nadie sabe quienes son. Me dirijo a las personas que si sabemos quienes son porque están perfectamente identificadas: las autoridades encargadas de la solucionar este terrible estado de cosas.

Debo confesar que la invitación a este evento me produjo varios procesos emocionales en los cuales aún me encuentro.

Primeramente, halagado y sorpresa por la amable invitación.

En segundo lugar, interés inmediato porque el tema de este evento se encuentra en línea exacta con mi interés profesional: los fenómenos relacionales entre mujeres y hombres y, dentro de ellos, la violencia como negación, precisamente, de cualquier relación que no sea de sometimiento y renuncia a la equidad en la complementariedad.

Finalmente, intensa ansiedad por la urgencia de exponer ideas que resulten mínimamente coherentes y que, de alguna manera, estimulen a la reflexión.

He dicho urgente porque pienso que de no hacerlo me convertiré en un cómplice silencioso más.

En el caso de los crímenes de Ciudad Juárez nos enfrentamos al extremo de una violencia dirigida en particular al género femenino y de manera general a la especie humana, su cultura e instituciones.

Ciudad Juárez es un cruce de caminos entre la riqueza del sector maquilador y la pobreza de quienes trabajan en él, entre el éxito capitalista y el caos tercermundista; es territorio urdido por el anonimato radical de los emigrantes. Como toda frontera es lugar de encuentro prototípico con el otro, con lo otro.

Lugar, por tanto, de esperanza, incertidumbre y paranoia exacerbadas; de aceptación y bienvenida o de exigencias de sumisión y acatamiento.

Lugar de puesta en escena de toda clase de encuentros y desencuentros, de conflictos y guerras entre nos-otros y los otros-otros: regionales, nacionales, raciales, étnicas...

Lugar, en fin, que de todas las maneras posibles me remite al encuentro entre hombres y mujeres.

Entre nosotros y ellas desde siempre existe una zona fronteriza, la mera distancia mayor o menor entre las pieles, en la que habrán de ser negociadas las necesidades individuales y, con ellas, tramitadas las mutuas dependencias.

¿Es también ésta, como otras geografías más terrenas, una zona de guerra?

Lo viene siendo desde siempre en esta cultura patriarcal en la que la negación del otro y el actuar con impunidad, que es eso la violencia y no otra cosa, es la forma de relacionarnos con el otro. Habitamos un mundo de profundas desigualdades y antagonismos; la guerra y la catástrofe ya no pertenecen al espacio exterior del hombre, a un territorio y un tiempo identificable. Ahora habitan la vida interior misma. Es tensión agresiva malamente contenida en cada uno, violentación cotidiana por la imposición de la desigualdad y el sometimiento a una vida que no se desea, por la adaptación a condiciones de existencia irracionales impuestas por otro sin nombre ni rostro, enemigo no situado en la vecindad del trabajo, del barrio, de la nación misma, y

por lo tanto constantemente buscado. La inestabilidad de lo cotidiano y la precariedad de la existencia invade —a pesar nuestro, pero bajo la tentación también de ese goce extraño del hombre por la destrucción y la muerte— las relaciones humanas más inmediatas: la precariedad del trabajo, no solo la que aporta el desempleo sino la angustia que señala que no podemos estar seguros de la continuidad del empleo; la precariedad de la vida emocional, ya que las mismas relaciones cercanas (las del amor de la pareja, los hijos, los amigos, los compañeros de trabajo, los vecinos, etcétera) tampoco brindan certeza de estabilidad y permanencia.

Esta guerra, que se desarrolla en la intimidad de hombres y mujeres, cuestiona nuestras identidades tradicionales, redefine nuestros papeles en las relaciones de amor y de sexo, condiciona el desempeño de los valores masculinos y femeninos en la esfera social y en la vida de las instituciones.

Ello, creo yo, a partir de los dos hechos más importantes del siglo pasado: primero el desacoplamiento entre erotismo y reproducción como resultado del perfeccionamiento de los métodos anticonceptivos y, segundo, el movimiento de liberación feminista iniciado en los sesenta y, con ello, el acceso de las mujeres a las posiciones, privilegios y responsabilidades tradicionalmente ocupadas y ejercitados con regular fortuna por los varones.

Estos dos hechos han significado el que la mujer se haya erguido en pie de igualdad con el varón y, con ello, hacer patente la fragilidad de la identidad masculina en el plano que más nos afecta, el de la intimidad y el erotismo. El desequilibrio subjetivo que produce la nueva situación de la sexualidad femenina, más libre en sus relaciones íntimas de pareja, posee la misma intensidad que la violencia con la que respondemos. Violencia física con mayor frecuencia que antes, pero también otras formas de violentación, a través del abandono, el maltrato psíquico, el abuso, la distancia emocional a la que sometemos a la mujer. Este es el verdadero escenario masculino de la libertad sexual: aceptamos la sexualidad libre de la mujer pero nos cobramos con el desamor, el no compromiso emocional, el engaño o la distancia afectiva y la complicidad silenciosa o negligente con sus torturadores y asesinos.

Seguramente muchos no sepamos que nuestra identidad sexual se forma por contraste; esto es, somos o nos sentimos más hombres en tanto diferentes de la mujer; y fundamentalmente diferentes de la primera, de la que salimos a través de sus genitales y de la que, a veces hasta terminar el doctorado por ahí de los 30 años, dependemos en forma total física y emocionalmente: la mujer-madre.

Esta dependencia de la mujer-madre es siempre un agujero negro en la identidad del hombre, es el

rasgo sobre el que se construyen imaginariamente todos los ideales de la masculinidad. Ya sea porque reactivamente se construyan conductas machistas para afirmar nuestro dominio y proyectar o evacuar la dependencia en la mujer, ya sea porque reniega de ella asumiendo las bizarrías del hombre solo, autosuficiente, ya sea porque la fobia los gobierna en un ir y venir constante con este objeto deseado-prohibido y profundamente amenazante. Desde siempre, los hombres o niños que se entregan a esta dependencia de la mujer han sido considerados “niños de mamá”, feminizados o “maricones”, como si la masculinidad consistiera justamente en saber defenderse de esta dependencia para lograr “hacerse hombre”.

Las mujeres han logrado correr la cortina de engaños y apariencias con que los hombres ocultábamos la fragilidad de la identidad masculina. La percepción masculina que ve a las mujeres como un mero objeto sexual, vendría de que se ha desvanecido el carisma de la mujer pura, de la esposa y madre. Ahora que la mujer trabaja y no necesita protección masculina, se ha convertido en la antítesis de aquella fantasía. Al ser libre desde muy joven, incluso desde la pubertad, a la mujer se la identifica como la “sucias, la que le gusta el sexo, la que gana su dinero y se lo gasta en lo que quiere, como diversiones y ropa”. Habría allí una fuente de rencor

masculino, de barbarie a veces contenida, a veces suelta en toda su fuerza ciega. Estas mujeres parecen estar luchando contra significados y valores que provienen de su propio mundo interior: enfrentar los significados de la maternidad; rebelarse contra la represión de su sexualidad impuesta por la moral; desafiar los ideales de pureza y castidad; redimensionar sus anhelos de pasión y entrega amorosa; luchar contra sus deseos íntimos de compromiso, protección y seguridad que esperan de un hombre; aceptar una sexualidad libre, expresada en relaciones múltiples con hombres diferentes, que las lleva a romper con el refugio de la pureza exigida por la moral patriarcal; renunciar a sus anhelos de amor romántico comprometido como lo piden sus ideales de ser única para alguien único.

¿Cómo enfrentarse a una mujer que se ofrece sexualmente, sin dudar por ello de su amor?, ¿cómo asumir el compromiso y la pasión con alguien que no renuncia a su libertad y que puede comportarse como él mismo, es decir, desear sexualmente a otro, engañar o ser infiel?, ¿por qué proteger, cuidar, mantener, dar seguridad, prometer continuidad y estabilidad a alguien que no está dispuesta a entregar a cambio la fidelidad, la exclusividad, el sometimiento al matrimonio y a la maternidad?

Expuestos a relaciones más libres y mutuamente elegidas nuestra dependencia emocional se hace

más crítica que en las parejas formales. Muchos reaccionan con violencia contra la mujer que aman; otros se dedican a la acusación y el reproche culpando a la mujer por la inestabilidad en que viven; algunos ensayan venganzas, en general por el lado del dinero o el abandono premeditado; otros se aprovechan de la libertad del sexo y se disponen para pasar el momento; están los que renuncian al amor porque no soportan la desconfianza y el miedo; otros transforman su vida amorosa y sexual en escaramuzas de guerra, estrategias basadas en la corta duración y la capacidad de retirada; otros buscan refugio en los viejos amores y en las antiguas rutinas del retiro voluntario, en general resentidos e idealmente unidos a las ruinas del amor romántico. Lo que resulta evidente es que la vida emocional de los hombres está siendo altamente fragilizada y que las estrategias de defensa, o simplemente las reacciones son diversas. Conocemos el correlato clínico de esta fragilidad: nos enfermamos con más frecuencia que las mujeres de diversas dolencias, morimos más tempranamente que ellas, sufrimos todas las patologías del estrés, somos habituales consultantes de los sexólogos por ansiedades sobre nuestra capacidad sexual, las adicciones nos atacan en mayor número que a las mujeres.

La violencia en el sexo no responde al instinto sino a las relaciones de poder y su dominación entre hombres y mujeres.

El crimen sexual “puede ser definido y esta presente en los casos en los cuales el o los asesinos son motivados por impulsos sexuales sádicos, y la víctima se convierte en un objeto sexual para los victimarios”. En esta relación, el hombre representaría el “sujeto, lo real y lo esencial”, mientras a la mujer se le reduce a lo “otro, lo irreal, lo no esencial”. Así, apropiarse del sexo femenino, torturar y disponer del cuerpo son parte de una estrategia de género que convierte al crimen en una forma de erotismo.

Los crímenes sexuales contra mujeres serían posibilidades definidas por la cultura, lo que trasciende el hecho de referirse a quienes cometen estos como seres enfermos o dementes. Los crímenes sexuales se han caracterizado por la imagen del cuerpo de la mujer desnuda, cuyo cadáver se arroja como si fuera basura: “el cuerpo de la mujer es acomodado y exhibido en posiciones ginecológicas, como si fueran a tomar una foto”.

Los crímenes de Ciudad Juárez son crímenes de odio y éstos se dirigen contra una persona y lo que simboliza, representa y encarna. Los victimarios no conocen previamente a la víctima y al liquidarla se sienten en posesión de ese poder sin límite: el exterminio del mal (en el vocabulario homicida, el

mal es el comportamiento detestado y es la debilidad física y social de la víctima). Los crímenes de odio más conocidos son enderezados contra los *gays*, y este agravio histórico cobra cada año en México decenas de víctimas. Pero nada supera en número y continuidad a los asesinatos de mujeres solas, en especial jóvenes. Se les mata porque no consiguen protegerse, y porque su muerte, que concede el placer del orgasmo y el goce auditivo del estertor, suele pasar inadvertida.

Los asesinos no solo se sienten muy superiores a los seres quebradizos incapaces de resistir; también se burlan de las leyes y de la sociedad que tibia o vanamente las enarbola. Los de Ciudad Juárez son crímenes de odio, porque los asesinos proceden impulsados por razones desprendidas de ese placer último que es el poder de vida y muerte. Lo más degradado y sórdido del machismo se vierte contra las mujeres cuya culpa principalísima es su condición de víctimas históricas. Así de reiterativo es el procedimiento: se elimina a quienes, a los ojos del asesino, son orgánica, constitutivamente seres desechables. El odio es la construcción social que se abate una y otra vez contra quienes no pueden evitar sus efectos.

La muerte de la mujeres de Ciudad Juárez sigue siendo un misterio ¿se les viola por el puro placer de hacerlo?, ¿se les cercenan los senos como parte

de un ritual satánico?, ¿se les mata porque participen contra su voluntad en películas pornográficas?, ¿se les coloca en un tambo lleno de ácido para que nadie pueda reconocerlas?, ¿se les rasura una porción del pelo por diversión o por perversión?, ¿fueron asesinadas por el egipcio, o por la banda de *Los Rebeldes*, o por los choferes de un camión, o por el gerente de una maquiladora, o por los narcotraficantes o por *juniors* con protección policíaca? Muchas preguntas, pocas respuestas; muchas muertes, pocos asesinos.

Aún no hay criminales condenados, pero si hay autoridades condenables. Es a estas autoridades, a las que si conocemos, a las que quisiera hacerles cuestionamientos en el sentido de cuál ha sido y cuál es su papel y posición en esta guerra de alta intensidad. Estoy suponiendo que todas las consideraciones psicológicas que he hecho se aplican directamente a muchos de los que estamos aquí y allá en posiciones de autoridad y que nuestras respuestas se hayan mediadas por las consecuencias de nuestras propias experiencias amorosas y sexuales.

Concretamente, somos miembros de un orden social patriarcal y nuestros supuestos y presupuestos dan forma a nuestras conductas: es claro que se sigue culpando a las mujeres de ser asesinadas y, en este sentido, somos cómplices.

Creo que es importante conocer los condicionantes psicológicos en las autoridades que han limitado, a sabiendas o no, su capacidad de respuesta ante una sociedad anestesiada.

BIBLIOGRAFÍA

Este trabajo está basado en los escritos de las siguientes personas.

- BERGARECHE, Ana, en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- DRESSER, Denisse, “Mujeres de negro”, *Reforma*, México, 6 de enero de 2003.
- GALENDE, Eduardo, *Sexo y Amor. Anhelos e incertidumbres de la intimidad actual*, Buenos Aires, Piados Contextos, 2001.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- MONARREZ FREGOSO, Julia Estela, en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002.

MONSIVAÍS, Carlos, “Escuchar con los ojos a las muertas”, *Letras Libres*, México, núm. 46, 2003.

WRIGHT, Melissa W., en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002.